

## TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ò realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es;—es así, que el Tiempo es ese es;—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONCLUSION.)

Ya es tiempo que entremos en la cuestion de las penas del infierno, resuelta como las anteriores por el Sr. Vicetto (como las anteriores) á la luz de su criterio peculiar. Dice en el párrafo 4.º que el arrianismo, hijo de la escuela aristotélica no admite el *más allá* de la vida; todo lo relucia al sér y al no sér. » ¿Con qué la escuela aristotélica no admitía el más allá de la vida? Si señor: Aristóteles admitía la inmortalidad del alma, la inmortalidad del entendimiento y su independancia de los órganos corpóreos para entender, y por consiguiente el más allá y los premios y penas futuras. Santo Tomás lib. 1.º Ethic. lec. 9.ª y Euguvino lib. 4.º de Perf. Philos. cap. 6.º et 9.º se encargaron de refutar victoriosamente la calumnia atribuida al filósofo Stagiritá. Tampoco es cierto que el catolicismo sea hijo del más puro platonismo. El catolicismo no es hijo de ningun sistema filosófico, y sólo pueden decirlo los racionalistas que no ven en el Divino Fundador más que un puro filósofo, como Confucio, Mahoma, etc.: es hijo del Evangelio, de ese cuerpo de doctrina enseñada por el Verbo humano, cuya enseñanza se continúa y perpetúa hasta la consumacion de los siglos por los apóstoles y sus sucesores: *docentes eos*, les dijo, *servare omnia quæcumque mandavi vobis; mea doctrina non est mea sed ejus qui missit me.* (1)

Deduca en fin del atraso intelectual de los céltigos la necesidad que tuvieron los prelados de valerse de imágenes materiales para significar la doctrina de las penas y

(1) No hace al caso que Aristóteles haya sostenido ó no la inmortalidad del alma: aducir pruebas en pró y en contra por una y otra parte desencauzaría la cuestion. Al grano: concretémonos á las penas del infierno, que es lo que ahora se cuestiona.

premios reservados por Dios á los hombres en la otra vida, haciéndolos consistir únicamente en el remordimiento ó tranquilidad de la conciencia, y á este propósito dice: «¿Qué más infierno, pues, ni gloria que esos tormentos ó esas delicias del espíritu despues de esta vida?» y concluye: «No hay llamas, no, materiales; hay llamas, si, espirituales. No hay tronos, no, materiales; hay tronos, si, espirituales. Comprendednos bien; no nos suceda lo que á los antiguos Prelados, que al predicar esta doctrina, tenían que valerse de formas materiales, como pintar cuerpos abrasándose constantemente en llamas, ó cuerpos sonriéndose entre celajes de plata y rosicler.» Lo que enseñaban los antiguos Prelados es lo mismo que enseñan los modernos y que enseñarán los venideros, cuya doctrina no ha llegado hasta nosotros *bastardeada ó materializada*; porque los dogmas y las verdaderas creencias atraviesan los siglos en toda su pureza: enseñaron, enseñan y enseñarán siempre los Prelados que hay llamas materiales, si, materiales y muy reales; (1) como que es doctrina constante de la Iglesia (2) y se deriva de cien lugares de la Santa Escritura. (3) Léase en el An-

(1) Pues que aprovechen. A una afirmacion tan vaga como rotunda, no se puede decir otra cosa.

(2) ¡Sovebio argumento en una cuestion científica!

(3) ¡Sublime santa Escritura que esas cosas asegura! Bien que, como dijo Lessing, la iglesia católica no ha salido de las Escrituras del Nuevo Testamento; por el contrario, las Escrituras del Nuevo Testamento han salido de la iglesia. *Novum Jesu Christi Testamentum* es un título inexacto y falso. El Nuevo Testamento, escrito é inspirado en oposicion al Antiguo, no es de Jesucristo: solo ha tenido por pretesto y punto de partida á Jesucristo.

Esta gente parece que escribe para indios ó cafres, siempre que defiende el cepillo de las animas, —síntesis elocuentísima de su religion metálica, expoliadora. Esta gente cree aún que la sociedad neogermana sigue estacionada en el deplorable oscurantismo en que la sumieron á raíz de la reconquista, —y que no progresa y no se ilustra, rechazando abiertamente los desatinos con que hasta aqui la explotaron. Desdichada clerical! aún se cree en la época de Torquemada, época en que *achicharraban* á uno muy santamente, si no creía en lo que quería que creyes; aquella *raza de vivoras y sepulcros blanqueados*, como llamaba Jesucristo á esa turba de fariseos.

tiguo Testamento, como prueba, el Deuteronomio cap. 32 v. 22», el Salmo 10» v. 7», Isaias 66» 24. y en el Nuevo los Evangelistas S. Marcos y S. Mateo cap. 9 y 25 en que fulmina el Señor (1) contra los reprobos esta terrible sentencia. «Id malditos al fuego eterno:» S. Pablo en sus cartas y S. Juan en su Apocalipsi: (2) además del gusano roedor de la conciencia que nunca morirá, (3) padecerán pues los condenados en el infierno suplicios eternos, un fuego inextinguible con la horrible compañía de los demonios, (4) que es lo que los Teólogos llaman pena de daño y pena de sentido. Así lo sienten los Santos Padres, Doctores de la Iglesia y lipositores: la teoría que combatimos solo la sostenían los Origenistas y Priscilianistas, de donde han tomado las suyas los Deístas modernos y racionalistas y el famoso hereziarca Calvino que decía: «Infernum non est aliud nisi conscientiae horror.» Y téngase en cuenta que el concilio Lateranense 4.º condenó á Amalarico que afirmaba que el «paraíso y el infierno estaban en la conciencia de cada uno que tenía en sí mismo el cielo con el conocimiento de Dios y el infierno con su remordimiento.» (5)

(1) ¿Qué Señor? ¿El primero, el segundo, el tercero ó el cuarto?

(2) También el Apocalipsi!! También ese monstruoso aborto de una imaginación delirante, se aduce contra nuestra negación de las llamas materiales del infierno! Ah! pues entonces hemos ganado el pleito!

(3) Eso, eso sí que es el verdadero infierno, así en esta vida como en la eterna. Ese gusano roedor, ese es el que ha de atormentar eternamente al cérigo que convierte el púlpito en campana de somaten, el confesionario en laboratorio de repugnantes intrigas, se suscriba mensualmente para sostener la guerra civil, y cambie la estola por el remington para asesinar á sus hermanos cuando Jesús prohibió todo derramamiento de sangre!

(4) Los demonios no están allí; los demonios están aquí. Véase la nota anterior.

(5) ¡Desventurado Amalarico, en que época vivió!! *Condenar*—por supuesto—sería *achicharrarlo* ¿no es esto? Válganos Dios! como exterminaba la clericala á uno por tan poca cosa! Pobre Amalarico! Y si él creía eso ¿por qué no se le dejaba en paz? Si creía bien ó mal, en el tribunal de Dios sería juzgado. ¿A qué, pues, se *anticipaba* la clericala á Dios, juzgándolo en este mundo? Esto era un ataque horrendo á la *sobervanía* del gran Juez que ha de juzgarnos á todos ¿lo ois bien? á todos, negros y blancos, pápas y mozos de cordel.

Desventurados! os llamais cristianos y en nada practicais las doctrinas de Jesús: sois fariseos *pur*

En resumen: hay otra vida, (1) hay gloria para los buenos á quienes dirigirá Jesucristo estas palabras que les penetrarán de gozo: «Venid, benditos de mi Padre á poseer el reino que os está preparado,» (2) y hay infierno para los malos, lugar de sempiterno horror, de tormentos, de tinieblas, de fuego que abrasa y no luce, *ardens et non lucens*, (3) y que ese fuego es material, según el texto literal de la Escritura y según el común sentir, del cual nadie puede apartarse sin nota de temerario. (4) Sabemos que algunos, pocos, opinaron por un fuego metafísico, pero lo explican y toman sin embargo por una pena muy viva é insostenible, (5) suplicios verdaderos, terribles en su intensidad, infinitos en su duración é incomprensibles al entendimiento humano (6)

*sany.* ¿Qué os dijo Jesús en el sermón de la montaña? ¿No os dijo: *no juzgueis para que no seáis juzgados?* ¿Si el *judicare* solo corresponde á Dios ¿por qué vosotros gusanos, de la Tierra, lo establecisteis en ella? ¿No teméis la cólera del Sér Supremo? Ah! no la teméis porque no creéis en él! Llega vuestro desvarío, vuestra sed de dominio á tanto que nadais contra toda corriente, y los que nadan contra la corriente se ahogarán.

No hay tal juicio final. La conciencia es una propiedad esencial y necesaria de la personalidad humana, de la que nunca puede separarse. *En todas sus vidas*, el hombre conservará siempre la conciencia de sí mismo, la conciencia de su inferioridad ó de su superioridad moral é intelectual, y esta conciencia, desarrollándose bajo otras condiciones en una *modalidad dada* de su vida infinita, será, mejor aún que en esta vida, el suplicio de los malos y la recompensa de los justos.

(1) Hibrá. Pero ¿en qué astro? Ah! tal vez será la vida de la *presencialidad sempiterna*. Confiamos en ella para la justicia de nuestra causa.

(2) Con esa y otras quimeras, así la iglesia absorbió tantos y tantos bienes de las almas timoratas, que si no la atajan, nos deja á todos en cueros.

(3) Con que abrasa y no luce! Pero, señor, una vez que abrasa ¿que más da que luzca ó no luzca? Hasta en esto se descubre la hilaza! ¡Cómicos!

(4) Aquí, no parece sino que algún cura bandido como el de Santa Cruz, el de Alcabón, el de Flix ó un obispo bandolero como el de Urgel, grita: *¡boca abajo todo el mundo!* En vista de tantos horrores se nos encrespan los cabellos, y casi, casi, estamos por arrepentirnos de haber negado el infierno con sus fogoneros, sus calderas de petróleo, ó las de pez y azufre de Lucifer... cosas todas que hacen llorar á las piedras! ¿Qué farsa! y que farsantes! como ellos mismos se ponen en ridículo con sus invenciones estúpidas!

(5) Como es la que nosotros decimos, la pena de la conciencia, el remordimiento de haber obrado mal.

(6) En suma... la mar!!!

Concluimos renovando las protestas del principio, y rogando con toda la efusion de nuestra alma al Sr. Micetto, á quien amamos de corazon, (1) tenga muy presente lo que escribió San Pablo á los fieles de Corinto: «Fundamentum enim aliud nemo potest ponere, præter id quod positum est Jesus Christus,» y á los Galatas: «Licet nos, aut Angelus de Cælo evangelicet vobis, proterquam quod evangelizavimus vobis, avathema sit;» (2) y por último, aquella sublime sentecia del Discipulo amado que recopilaba toda la doctrina evangélica en estas palabras: «Hæc est autem vita æterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.» (3)

PONCIANO, Obispo de Mondoñedo,»

Mondoñedo 22 de julio de 1867.

(1) Si, como si digéramos con un amor autotélico ¿no es esto? *Vade retro*: ese amoroso anhelo es parecido al del gato que, despues de arañar, roza mansamente la mano que ensangrentó. Os conocemos bien, hipócritas; mientras con una mano pretendéis atraernos á vuestro seno, con la otra excomulgais nuestro libro Historia de Galicia y nos empujais caridosamente á las gemonias y la lobreguez del desprecio público; pero la generalidad os vá conociendo tambien y de lo lindo, que como dice gráficamente «para verdades el Tiempo, y para justicias el Tiempo!»

(2) Lo que tenemos muy presente es lo que escribió San Pablo á los atenienses: lo consabido.

(3) Total... la cabeza caliente, los piés frios, *utuli contenti*, y en tanto el mundo fué, es y será en el es sempiterno del Espacio.

Acabamos de contestar la impugnacion lacrimosa del difunto obispo de Mondoñedo, tal como nos ha sido posible al ocuparnos de un trabajo intelectual soporifero, esto es, escrito con ópio en panchas de plomo; de un trabajo intelectual que por lo absurdo en nada redundaba *ad majorem Dei gloriam*. Colocados los catolicos en un terreno falso, necesariamente viene al suelo al menor soplo el castillo de naipes, que ellos llaman *la Iglesia*. Gentes que viven *sin Dios*, por más que aparentan lo contrario, cuando se pone en tela de juicio la naturaleza de la Divinidad, se enfurecen y se descomponen: más valiera que enmudecieran y así no contestarian las aberraciones que contestan. Su quimerismo deístico se evidencia en esta clase de debates tan ostensiblemente, que no hay una persona sensata que no lamente los siglos de dominacion clerical, siglos que pesaron como incomensurables mo es sobre la humanidad. El Dios ideal del catolicismo es tan elastico como cómodo; pues tan pronto es *la figura del sol*, como *un espíritu puro que está en todas partes*, como una segunda ó tercera persona ó *quisicosa* que

llevan sus sacerdotes en el bolsillo ò ostentan en la cabecera de la cama. Es tal la confusion y la farsa para representar al Dios *ideal*, al Dios X, al Dios incógnito de que nos habla San Pablo, que en los catecismos de doctrina cristiana pintan en las portadas (para infundir como veneracion á los niños), pintan á Dios en un anciano de cabellos blancos ó con una aureola de luz, como si Dios hubiera sido *jóven*, para ser luego *anciano*; cuando Dios siempre fué, y es, y será *igual*, ni jóven ni anciano. ¿Porqué esa mamarracheria, si además, Dios nunca fué, ni es, ni será hombre? ¿Cómo el *espíritu puro*, que como tal espíritu puro está por igual en todas partes (Espacio), habia de *humanizarse* y convertirse en *materia*, si esto le es imposible por la misma perfectibilidad de su pureza. Con razon dice Xenofanes—filósofo que floreció 600 años antes de nacer Jesucristo—«que si los bueyes y los leones tuviesen manos, y supiesen pintar con esas manos, y hacer con ellas obras de arte como los hombres, los bueyes habian de servirse de los bueyes y los leones de los leones para representar sus dioses, y les atribuirian formas y cuerpos tales cual ellos mismos los tienen.» Los católicos tienen por un absurdo el importantísimo problema de la naturaleza de Dios, cuando el maravilloso espectáculo de la naturaleza es una excitacion irresistible para la inteleccion del hombre. Ese mismo espectáculo del universo es un velo que necesita levantarse, todo él es un simbolo que es preciso adivinar, todo él contiene verdades que traslucir, pues ese lujo fastuoso de la creacion, ese aparato de los cuerpos sembrados en la inmensidad y la eternidad como un polvo brillante, todo eso no es demasiado para el hombre, porque este es un sér libre é inteligente; porque este es un sér inmortal en la inmortalidad suprema del *Es de todo Es*, Tiempo y Espacio:—que el espíritu del hombre, ó mejor dicho de la humanidad forma á la vez como un vasto firmamento iluminado por todas partes con estrellas de diferentes magnitudes.

Lo más singular de los sacerdotes católicos es que, no sabiendo ni queriendo saber nada respecto al gran problema de la naturaleza de Dios, no permitieron ni permiten que nadie en España se consagre á esas indagaciones elevadas, las más elevadas que pueden ennoblecer á la inteligencia humana. A nombre de no sabemos qué vanos fantásmas, á nombre de no sabemos qué falsos principios de religion y de moral, nadie puede elevar el pensamiento con entera libertad hácia la sublime concepcion del Sér Supremo, sin que esos sacerdotes anatematicen al hombre pensador que tal vocacion sienta en los senos de su alma. Pero como esos anatemas se desvanecen en el ridiculo de su falsa esencia, en vano es que los fulminee los católicos, porque á pesar de ellos el entendimiento va salvando todos los obstáculos que se le oponen, y ensancha poderosamente su esfera de accion en esas levantadas especulaciones de la más sana filosofia. Con razon dice uno de los más distinguidos criticos de nuestros dias que los problemas religiosos son, sin género de duda, los que más atormentan á este siglo. «A pesar de la fama de impiedad de que disfruta,—sigue diciendo—es lo cierto que nunca quizá se escudriñaron con mayor afan éstos problemas; ni se buscó con más vivo empeño el Dios desconocido de que habla-

ba San Pablo. Si este Dios no aparece radiante y luminoso ante la conciencia del siglo, no será por culpa de este, que con no pequeño afán incesantemente le busca; y gloria que nadie podrá disputarle será que, si hubo pocos siglos ménos creyentes, pocos hubo también que no tuvieran más devoradora sed de afirmaciones y creencias. Gracias á esa revolución de Setiembre, hoy tan desconocida y calumniada. España no es ya agena á estas intensas preocupaciones, ni se adormece como ántes en la fé rutinaria y no razonada, ó en el indiferentismo superficial y á veces hipócrita.»

Hemos terminado el trabajo de contestar á los delirios (nihilistas que entraña la *Impugnacion* del difunto obispo de nuestra diócesis. Nuestros lectores ya han visto en ese archi-lacrimoso y á la vez altanero escrito, la intolerancia y fanatismo del clero católico como si desde el papa hasta la última molécula social, por decirlo así, no fuéramos todos otra cosa que unos míseros gusanos de la Tierra, ó microscópicas células del *cosmos*. De esa intolerancia y de ese fanatismo se deduce: que no parece sino que Dios ha constituido *privilegio* en favor del clero católico. No parece sino que Dios hizo distincion entre los hombres. No parece sino que Dios dijo que solo el clericalismo ó la clericalla podía ocuparse de su esencia, naturaleza ó realidad, y los demás no. —¡Cuánta soberbia! ¡Cuánta vanidad! ¡Cuánta falta de razon en el desvenecijado y carcomido catolicismo!

Entre nuestro deísmo y el deísmo católico hay dos diferencias esenciales. La primera consiste en que nosotros *exponemos*, y los católicos *se imponen*; y la segunda consiste en que nuestro Dios es *real*, (Tiempo y Espacio) y el de los católicos *ideal*, porque decir «Dios es la cosa más excelente y admirable que se puede decir y pensar» equivale á decir el Dios X.

Y si se nos quiere objetar que nosotros atacamos al clero católico, se nos calumnia, porque nosotros no hacemos más que *defendernos* de sus ataques. Nosotros hemos *expuesto* una teoría sobre la naturaleza del Sér Supremo, en la Historia de Galicia, —y el clero católico nos la combatió de tal modo que, además de excomulgar el libro ahuyentando á los suscritores timoratos, solicitó y obtuvo la *prohibicion* de la obra y secuestró los ejemplares.

Si el clericalismo (vulgo clericalla) tuviera dignidad, cuanta no sería su vergüenza y su oprobio al patentizarle este trabajo que hacemos y otros, que no vive ni vivió nunca por la razon sino por la fuerza; —que su Dios no es el Dios verdadero sino un Dios *ideal* de conveniencia inicua, en una palabra, el Dios X; —y que nuestra teoría sobre la esencia ó naturaleza del Creador pone de manifiesto la existencia impia y perversa de ese patrañoso, milagroso y absurdo elemento social, de esa teocracia tiránica y archi-explotadora de la sangre, del oro, de la enseñanza y de la conciencia de la humanidad, sobreponiéndose á los poderes civiles para procurarse el predominio universal.

Nosotros al descubrir un principio fundamental filosófico —respecto á la naturaleza de Dios— lo basamos meramente en lo increado Tiempo y Espacio, en la identidad de este espíritu puro, en su inmovilidad, en su ubicuidad y en su inmanencia. El *Es*

del Espacio, Tiempo, con el Espacio, —constituyen puramente lo *increado* y por consiguiente el *Es* de todo es, el Sér de todo ser, el Sér Supremo: todo lo demás *es su obra*, la creación! Demuéstrsenos lo contrario: demuéstrsenos la insolidaridad é inconsustancialidad del Tiempo y del Espacio; demuéstrsenos la *movilidad* ó inmutabilidad de este ser inmóvil por excelencia y perfectamente *igual* en si mismo; y demuéstrsenos que sin este *es* tan intrínseco como purísimo puede existir *sér* alguno, el Dios X por ejemplo del clericalismo ó de la ciencia, —y abatirémos la frente en el polvo. De los grandes errores nacen las grandes verdades, dijo Newton; —pues bien: si nosotros dijéramos que el sol no alumbraba, que sería un *gran error*, cualquiera nos probaría que si, lo que entrañaría una *gran verdad*. —¡Decimos que no puede existir *sér* alguno sin Tiempo y Espacio—lo que creemos una *gran verdad*—; pues bien, repetimos, pruébesenos que si, que puede existir, y entónces creerémos en ese Dios X de los católicos en esa incógnita, en esa idealidad teística que puede *ser por si mismo*, sin el *es* de todo es, Tiempo y Espacio.

En el terreno de la razon pura, en el terreno de la lógica más esplendente, en el terreno en fin de la luz y de la verdadera sabiduría ¿no conocéis, desdichados católicos, que desde el momento que *fué* vuestro Dios X, vuestro Dios *ideal*, vuestro Dios incógnito, debia ocupar por rigurosa precision *espacio* alguno, y que ese espacio ó ámbito tenia por la misma rigurosa precision *es, ser, tiempo, edad* como queráis entender *la accion de ser*? ¿No conocéis que con nuestra teoría autotélica llevamos una inmensa ventaja á vuestra teoría tradicionalista, pues mientras vosotros adorais la *idealidad* de Dios, nosotros sobrepujamos al evidenciar su *realidad* en el espíritu puro Tiempo y Espacio, en el cual, segun la feliz expresion de San Pablo á los atenienses, *somos, vivimos* y nos *movemos*, y sin el cual nada, nada y nada puede *ser*? No conocéis, desdichados católicos, que vuestro fanatismo no pue le estar ya más conocido, y una prueba de que lo rechaza la conciencia universal es que de no ser así, de no estar reconocidos como *fanáticos*, no habria nadie que siguiera carrera ó profesion alguna porque todos, todos querríamos ser curas, y si no podíamos ser curas—que lo puede ser un mozo de cordel—seríamos sacristanes ó siquiera *barrenderos* de eso que llamais *la casa del Señor*? ¿No conocéis, desdichados... pero ¿á que seguir el apóstrofe si la nobleza de la razon es la nobleza de las noblezas, y por consiguiente respeta á sus victimas?

Clero católico—quedas al fin en el ridiculo más evidente puesto que tu mismo confiesas que *no sabes lo que es Dios* (1), —y nuestra teoría sobre la naturaleza del Sér Supremo queda flotando sobre tu idealismo teístico, porque no hay *ser* alguno ni puede haberlo que no *sea* en el espíritu puro Tiempo y Espacio. Prosigue tus trabajos de zapa contra nuestras afirmaciones; tan en firme están que en nada y por nada tememos tus maniobras entre las gentes oscuras para desvirtuarlas. Nuestra teoría sobre la

(1) Y si no sabe lo que es Dios ¿por qué espide *patentes de gloria* para la otra vida, mediante *conquitos á nuestras voces*? Esto tiene su artículo en el Código penal.

naturaleza real de Dios, no es una de tantas utopias que se cruzan en las esferas de la filosofía como brillantes ráfagas de luz, para eclipsarse despues en las evoluciones sucesivas del pensamiento. Por el contrario,—nuestra teoría nace eclipsada, oscura, casi indeterminada en el cielo de la inteligencia, para eternizarse en él y resistir inmovible esas mismas evoluciones sucesivas de la razón en el Tiempo y el Espacio, espíritu de Dios!

Hoy y siempre, la filosofía es y fué mucho más religiosa que la teología católica,—porque el afán de ésta es hacer de Dios un sér particular, separado del mundo, cuando aquella lo considera como el sér de toda esencia y de toda realidad, Tiempo y Espacio.—Dios es lo infinito absoluto, y lo infinito absoluto no es tal ó cual infinito relativo como el del cálculo, el del número, etc., sino lo infinito puro y simple, sin ninguna restricción como el infinito del Tiempo y el Espacio, infinito de todo infinito. Como tal, Dios abraza esencialmente todos los infinitos relativos, no como relativos, es decir, con sus limitaciones reciprocas, sino como infinitos, es decir, en todo lo que tienen de positivo y real,—pues si existiera alguna cosa de esencial fuera de él (Tiempo y Espacio), entonces Dios no sería ya lo infinito absoluto, porque habría encontrado su límite. Y como no puede haber nada, nada y nada fuera del Tiempo y el Espacio, el espíritu puro Tiempo y Espacio constituye la naturaleza divina, y todos los seres están contenidos en Dios bajo este carácter de ser que proclamó San Pablo: *In Deo sumus, vivimos et movemur*. Dios, pues, está en el universo y en los seres finitos de una manera esencial, es decir, por su esencia, Tiempo y Espacio, que entraña, penetra y envuelve toda esencia. Nunca puede separarse del universo ó los seres de él, porque ni los seres ni el universo pueden existir sin Tiempo y Espacio. Habita en nosotros, dice San Agustín. Está en todo, por todo y para todo; todo es de él, por él y en él, demuestra San Anselmo en su Monologium.

Para comprender la Divinidad, y que su sustancia ó esencia está en todo y por todo, de la cual, por la cual y en la cual (Tiempo y Espacio) son todas las cosas, *ex ipsa summa essentia, et per ipsam et in ipsa sunt omnia*(1),—es preciso concebir bien el ES del Espacio, Tiempo. Es preciso fijarse bien en la naturaleza del Espacio; comprender exactamente su es purísimo, es decir, que nada lo puede manchar, excluir, alterar, borrar ó fusionarse con él. Un cuerpo, por ejemplo, ocupa espacio, pero no lo excluye. Nuestros cuerpos en el Espacio, al ser y moverse de un punto á otro, *desalojarán atmósfera, pero no espacio*; porque el espacio siempre es igual, immaculado é inmutable; y astros, personas y cosas, agitándose en él, no pueden excluir ó suprimir un solo PUNTO suyo; ni borrarlo, mancharlo, alterarlo ó fusionarlo con sustancia alguna, porque es refractario á todo.

Compréndase bien como tratamos la cuestión del Espacio, para comprender la naturaleza divina. La campana neumática, funcionando, podrá extraer todo el aire que quiera de un punto dado del Espacio; pero ni ese instrumento físico ni otro al-

guno que invente el hombre, podrá jamás *extraer, modificar, suprimir ó borrar el punto* mismo del ámbito, sumamente intrínseco en sí con el todo, y sumamente inmovible á cualquier esfuerzo de espíritu ó de materia universal. El Espacio, si tenéis la fortuna de comprenderlo, despojado de su inmateralidad, queda reducido á un ES (Tiempo) vivísimo, actualísimo y superior á toda pureza imaginable, como si digéramos la *esencia ó la inteligencia* de la Divinidad,—en cuya esencia ó inteligencia (infinita) *sumus, vivimos et movemur*, los astros, las personas y las cosas, como *son, viven y se mueven en nuestra inteligencia* (relativa) las figuras y las cosas que nos formamos en nuestros sueños (1).

¡Tal es la naturaleza de Dios!—y ante el explorador de su excelsidad, no abatimos la frente en el polvo, sino que la levantamos muy alto, con el alma inundada de vibraciones inefables, ajenas por completo á las miserias de la Tierra!

BENITO VICETTO.

Ferrol—1874.

## A GALICIA.

Oh! manso Sil, que entre espadañas corres;  
oh! Miño! que reflejas en tus olas,  
palacios antiquísimos y torres,  
bandera de las glorias españolas;

¡Quién pudiera, en la noche sosegada,  
cuando la luna solitaria brilla,  
surcar, bajo el dosel de tu enramada,  
ondas que nunca el huracan humilla;

Y en un batel que coronáran flores,  
sijendo remos mis manos cariñosas,

(1) Por muy singular que parezca esta definición de la naturaleza de Dios—no dada aún por nadie,—tégase en cuenta la de la Teología: «Dios es espíritu puro que está en todas partes.»

Pues si Dios está espiritualmente en todas partes (Espacio), el está supone Es (Tiempo), acción espiritual de ser.

Y, además, estando Dios en todas partes como espíritu puro, espíritu puro supone tanto como pensamiento ó inteligencia. Si la definición teológica digera, por el contrario, que Dios era *materia pura* que estaba en todas partes,—entonces nuestra definición sería absurda—puesto que la materia no entraña pensamiento ó inteligencia, condición puramente del espíritu, ya espíritu relativo, ya espíritu absoluto.

Medítese bien nuestra teoría,—y se verá que realiza espléndidamente el ideal deístico del cristianismo.

La percepción de la Divinidad—tal como la evidenciamos en el espíritu puro Tiempo y Espacio, basados en la teología y la filosofía,—está al alcance de todas las criaturas, pero no todas las criaturas están al alcance de esta percepción, y de aquí los combates que sufre nuestra teoría en la opinión, y particularmente por las gentes oscuras. Como Dios (Tiempo y Espacio) no tiene límites, por eso no tiene forma: es realidad sin forma; centro espiritual en todas partes sin circunferencia en ninguna. Como no se comprenda á Dios espiritualmente en el Es del Espacio y por consiguiente en el Es DE TODO ES, no se puede dar idea de él de otro modo, porque no puede materializarse en nada.

(1) SAN ANSELMO, Monologium c. XIV.

el ángel darte á ver de mis amores,  
sobre un altar de zafiros y rosas!

Y ¡quién me diera allí de horas tempranas  
narrar cantando la memoria pia,  
cuando de las incautas aureanas  
el pie en las ondas mi mirar seguía!

Así enlazara á mi placer presente  
recuerdos que aprisionan mi memoria,  
y tejiera en mi pecho dulcemente  
delgado estambre de futura historia.

Pudiera el corazón enamorado  
unir así, por lazos de cariño,  
el pecho en que está el mío sepultado  
y el santo objeto de mi amor de niño.

Oh! mi madre! oh! Leonor! si desde el cielo  
hay ligaduras invisibles que atan  
corazones formados al modelo  
en que todos los dones se retratan;

Si un misterioso fluido al cielo sube  
que encierra acaso en su impalpable arcano  
de suspiros de amor fúlgida nube,  
tributo noble, aunque tributo humano;

Vuestros amantes pechos, ya sedientos  
de mutua adoración, viven unidos,  
como dos palmas que contrarios vientos  
plantan sin separarse en dos egidos.

Recuerdo santo de infantiles años  
que te dibujas plácido en mi mente,  
despojado de crudos desengaños,  
que luego hincaron en mi pecho el diente.

Oh! de Ortegá riberas amorosas  
en que, al nacer, pude asomarme al mundo  
auras que circulabais vagarosas  
trayendo al corazón amor profundo;

Oh! de Allariz ruinas veneradas  
en que, pobre adivino, yo leía  
de Virgilio las páginas sagradas;  
que un *domine* pedante no entendía;

Esbeltos torreones de Maceda,  
cercados de castaños seculares  
que tal vez mi memoria contar pueda  
si no la han entibado los pesares;

Puedan mis ojos, que llorar sabían,  
antes de que su mano los secaran,  
veros de nuevo, cual allá solían  
cuando su amor mi pecho adivinaba;

Pueda, apoyando su amoroso brazo,  
al son alegre de la gaita ruda,  
recorrer la campiña y el ribazo,  
y de asombro y amor mirarla muda;

Pueda, ya que nacida en tierra extraña,  
hija adoptiva, á nuestra patria llega,  
si hoy sólo es hija de la madre España,  
por vínculos de afecto ser gallega;

Y, al abrigo de pechos fraternales,  
cual en Galicia siempre habrá y ha habido,  
vea, entre cantos, á mi amor iguales,  
la luz primera mi primer nacido.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA  
Madrid, 1846.

## TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

### EL PUENTE DA.

#### VI.

#### La revelacion del moribundo.

Habian trascurrido seis años.

Don Gutierre apenas se acordaba ya de su padre y de su esposa; y si los recordaba alguna vez en medio de la felicidad que le rodeaba, estos recuerdos lúgubres quedaban sofocados por los nuevos encantos de una existencia nueva.

¡Una existencia nueva...! sí, porque dos años despues del trágico fin de aquel as dos víctimas de su furor feudal, fin que él creía muy justo, atendida la acusacion de su escudero Nuño Perez de Coutiño, dos años despues se había casado con doña Blanca de Angeriz, marquesa de Mos.

Seis años, pues, habian pasado desde que acaecieron las terribles escenas que hemos descrito, cuando una mañana entraron en unas angarillas en el castillo de Parga á Nuño Perez de Coutiño, el cual acababa de ser herido de muerte en la encrucijada de Velote.

Esta desgracia sobresaltó al feudal señor de Parga.

—¿Quién asesinó á mi fiel escudero? preguntó rojo de cólera á los comarcanos que lo conducian.

—Juan Doncos, señor, le contestaron.

Juan Doncos era uno de sus pages.

—¡Juan Doncos!... llamó don Gutierre tendiendo la vista en derredor de sí.

Y lo buscaba por todas partes con los ojos inyectados de sangre, por la cólera que le dominaba.

—¡Juan Doncos!... ¡Juan Doncos! continuó llamando por dos ó tres veces.

El silencio sucedia siempre á sus palabras, pues el paje no aparecía al llamamiento de su señor.

—¡Buscad á Juan Doncos! gritó don Gutierre á los demás criados que lo rodeaban atónitos.

Los criados se esparramaron por el castillo, y volvieron á reunirse en torno de él diciendo que no le encontraban.

—¡Oh! exclamó el caballero desesperado; buscadlo fuera del castillo.

Iban á lanzarse los criados fuera del castillo cuando de repente compareció Juan Doncos en el porton.

—Ven... acércate... gritó el castellano.

Y echó mano á la daga que pendía de su cintura.

El page se arrodilló en el porton, juntó las manos sobre el pecho, y así, humillado en tierra, balbuceó con doloroso acento:

—Matadme, señor; matadme si quereis; pero yo no hice más que vengar á mi hermana.

—¡Tu hermana!

—Sí, mi señor; vuestro escudero la sedujo, la perdió... y al pedirle ella un nombre para el hijo que llevaba en sus entrañas, él la abofeteó bárbaramente.

Don Gutierre se estremeció á estas palabras del page. Apartó los ojos de él, y los fijó en el sem-

blante de su escudero, á quien estaban haciendo la primer cura á pocos pasos de él, y empezaba á volver en sí lanzando débiles y dolorosos ayes.

—¡Nuño Perez... Nuño Perez...! gritó el señor feudal de Parga precipitándose hacia el moribundo. —¿Es cierto que has abofeteado á Marina... á la hermana de Juan Doncos?

—Sí... balbuceó apagadamente el escudero.

—¿Y es cierto, continuó el castellano, que la abofeteaste porque la pobre joven...?

—Sí... sí... interrumpió el moribundo... porque la había perdido miserablemente y ella reclamaba con lágrimas en los ojos el cumplimiento de una promesa que salvaba de la infamia su honra y la de su familia.

Don Gutierre retrocedió entonces unos cuantos pasos.

À estas palabras de su escudero, pronunciadas lenta y dolorosamente, á esta confesion intima de un crimen que lo infamaba aún espirando, don Gutierre se sobrecojió de terror como todos los circunstancias.

—¡Oh! no os alejeis!... continuó el moribundo, os lo suplico, desgraciado señor.

Don Gutierre volvió á acercarse á su escudero.

—Mandad que se retiren todos y que nos dejen solos, le dijo el moribundo; pues me siento morir y tengo ántes que revelaros otros crímenes más execrables que el que pago con la vida.

Don Gutierre mandó retirarse á los concurrentes, y se quedó solo con su escudero.

Entónces solos allí los dos, Nuño Perez de Coutiño clavó una mirada de compasion profunda en el rostro de su señor, y continuó hablando con una voz que se debilitaba por instantes:

—Señor... pocas palabras son las que tengo que deciros, pero quizá pocas pudiera dirigiros más terribles.

Al llegar aquí, el escudero hizo una pausa que hizo estremecer al castellano. ¡Después prosiguió:

—Señor... vuestra esposa y vuestro padre murieron inocentes.

A esta revelacion lenta y apagada, que brotaba espontaneamente de los labios de un moribundo, don Gutierre palideció como un cadáver y se tambaleó como una estatua cuyo pedestal conmueven.

—Inocentes, ¡Nuño! exclamó por fin terriblemente agitado.

—Inocentes, afirmó el escudero. Yo amaba á vuestra esposa, señor; se lo dije, me desoyó, y entonces yo, viendo que desoyó con desprecio el amor que la tenia, forjé en venganza la monstruosa calumnia de que fué victima.

—¡Basta! basta, ¡serpiente de los infiernos! gritó don Gutierre con voz de trueno,

Y rápido y desalentado, desnudó su daga y la hundió hasta el pomo por tres veces en el pecho de su infame escudero, el cual aún al espirar envuelto en sangre, parecía derramar una sarcástica sonrisa sobre su asesino.

Don Gutierre lo arrastró en seguida por el patio, le cortó la cabeza, los brazos y las piernas, y después de mutilarlo, de descuartizarlo en pequeños trozos como el más h. bi. de nuestros verdugos, huyó de su vista con los cabellos encrespados, los ojos espantados, y pronunciando palabras sin fin y sin

objeto. . todo en el desórden más completo, y llenando de terror á cuantos le encontraban,

Desde entónces don Gutierre Parga de Gayoso, señor de Guitiriz, de Narla y Guimarey, se volvió loco. En todas partes creia ver la sombra de su padre enseñándole la cabeza de su esposa Leonor; de continuo se le veía delirando en el puente donde asesinara á su buen padre, murmurando ¡DA! ¡DA!—y después de tres meses de padecimientos, puso fuego al castillo de sus mayores en un exceso de locura, y p r e c i ó entre sus escombros abrasado por las llamas.

B. VICETTO.

1851.

### SOMBRA QUE PASA.

Así juzga doliente el alma mia  
el fasto amargo de la humana historia:  
un sér, una esperanza, una alegría,  
un gemido, un adiós, una memoria.

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid, 1874.

### LITERATURA GALAICA.

#### LOS HIDALGOS DE MONFORTE.

Una vez que la novela española empieza á tomar la significacion literaria que hasta ahora no ha tenido por ser muy pocos los libros de este género publicados en España, dignos de atraer sobre sí la atencion del crítico; una vez que la novela española siguiendo la verdadera senda, ha merecido ya que se lea y se estudie, puesto que con ella han adquirido justísimo renombre, Fernan-Caballero con sus animadísimos á la par que sencillos episodios de costumbres, Fernandez y Gonzalez con sus novelas históricas, y algunos otros en los demás géneros que abraza este ramo de la bella literatura, es justo á todas luces que la atencion pública se fije en sus progresos, y que la crítica imparcial haga su exámen, siquiera sea como un homenaje á los novelistas y á sus obras.

Realizando nuestros deseos comenzaremos nuestra tarea con un ligero análisis de la novela histórica que con el titulo de los *Hidalgos de Monforte*, y debida á la pluma del distinguido y jóven escritor D. Benito Vicetto, acaba de salir de las prensas del conocido editor don Juan José Martinez.

El argumento de esta novela, está tomado de las interesantes páginas de la historia de la revolucion gallega del siglo XV, primera palabra de libertad pronunciada en aquellas erizadas montañas por un pueblo que, despertando de su profundo letargo, se levantaba indignado, aunque impotente, contra el yugo del feudalismo.

El Sr. Vicetto, con este pensamiento feliz, desarrollado con suma habilidad y con todas las galas de su brillante imaginacion, nos ofrece una obra de verdadero mérito y de un género puramente nuevo en España.

No nos detendremos en elogiar la pureza de su lenguaje, la sencillez de su estilo, su claridad, su elegancia, ni ménos en enumerar las bellezas con que el autor supo decorar acertadamente las animadas esce-

nas de su libro, más no por eso habremos de eximirnos de decir dos palabras acerca de la originalidad de sus tipos, y de las poéticas descripciones que se encuentran en cada una de sus páginas.

Observamos, pues, en esta producción, como una de las cosas que más á nuestros ojos la encarecen, ese gradual interés dramático, siempre palpitante y creciente; ese difícil y delicado tacto con que el Sr. Vicetto sabe tener al lector en una impaciencia que le obliga á proseguir sin descanso en su lectura. Esta condición envidiable, tan precisa á un buen autor, la vemos llegar al colmo de la perfección en la novela del Sr. Vicetto, que juega con el corazón del lector, pero sin cansarle jamás.

Los hábiles resortes con que le conmueve, ya oprimiéndole de dolor, ya arrancando de sus labios una sonrisa de satisfacción ó de placer, revelan, no un detenido estudio, sino un conocimiento exacto del corazón y nos pone de manifiesto su talento literario.

Galicia es un país de bellísimas tradiciones, un país de pasiones fuertes, donde se siente un amor que aorasa y que tiene una poesía peculiar, exclusivamente suya, unas veces áspera como sus montañas, y otras, melancólica como sus campos y sus flores. Y quizá hasta hoy, ninguno como el autor de la novela que nos ocupa, ha comprendido á donde arrastra el delirante transporte de ese amor vehemente, y hasta donde se eleva el verdadero género de esa indígena poesía.

Cuando el Sr. Vicetto, cansado de las intrigas y locuras de sus héroes, se divierte en pintar á grandes rasgos la calma y soledad de la noche, séanos permitido decirlo en honor de la verdad, entónces nos sentimos embargados por la lectura del grande hombre de la Francia, del inmortal Chateaubriand, que con singular recogimiento nos habla de las sosegadas noches de la América; y si por el contrario se entretiene en darnos una descripción topográfica de aquel privilegiado país, toma al lector de la mano, y vá enseñándole hasta con el dedo los más recónditos lugares de aquel suelo que le inspira.

¿Y qué diremos ahora del delicioso tipo que presenta en la condesa Ildara de Courel? ¿Podrá pintarse con más vivos colores ese amor puro, que abate y consume, engendrado en una mirada, expresado y comprendido con un suspiro, con un latido del corazón, con una lagrima? Ildara de Courel, personaje predilecto del autor, es una creación divina; un ángel descendido del cielo, enviado al mundo para amar y sufrir. Su vida es una continua lucha, su amor una tempestad que amenaza derribar el santuario de sus creencias y de su virtud. En medio de esta pasión funesta, vemos levantarse la sombría figura del orgulloso conde de Lemos, que abrasado por los celos, se presenta ante la desventurada condesa como el génio feroz de la venganza. Este personaje, tipo característico de su siglo, está representado con tal exactitud, con tal verdad, que no vacilamos en decirlo, llamará la atención de todos cuantos hayan dirigido una mirada á las páginas de la historia.

Amaro de Vilamelle es, por el contrario, el ideal exactísimo, el fiel trasunto de Platon. Todo en él es espiritual. Ama á Ildara, y su amor recibe por premio una rosa, en cuyo cáliz deposita su último aliento, obteniendo la muerte por castigo.

Isabel, hermana de Amaro, como la Alcimna de Gessner, pasa sus mejores días retirada del bullicio del mundo, devorando en silencio una pasión cuyo secreto confía sólo á las aves y á las flores, que son el paño de sus lágrimas, sus únicas compañeras.

El dilatado campo poético que ofrece al novelista ese tipo celestial, lo vemos recorrido por el Sr. Vicetto con un gusto atinadísimo, con un talento admirable, con una naturalidad que encanta.

El autor de esta obra es poeta y novelista á la vez.

Esas tiernas y melancólicas escenas en que él mismo parece animado de los sentimientos que pinta, nos revelan al poeta, pero al poeta inspirado que *comprende y siente*.

Y sin embargo, no queremos decir con esto que la obra esté exenta de defectos, no. El Sr. Vicetto, que nos dispensará cualquiera observación que le hagamos en gracia de la sinceridad con que la emitimos, se duerme, algunas veces, y por lo tanto, en varios de sus capítulos notamos cierta languidez que hace desmerecer el buen conjunto de su novela, y que podría evitar con solo detenerse un momento más sobre lo que escribe. También nos hubiéramos complacido en que no se propusiera recargar tanto el *género alegre* de la condesa Maret, pues con harta pena hallamos algunas escenas en que su indiferentismo á todo sentimiento de virtud, llega á hacerse inverosímil, y á veces repugnante. El autor pudo muy bien presentarnos á su condesa libre, des-preocupada, pero nunca hacerla descender al terreno de la cinica indiferencia.

Nosotros felicitamos de todos modos cordialmente al autor de *Los Hidalgos de Monforte*, y no podemos prescindir de aconsejarle que escriba, porque el señor Vicetto no escribe todo lo que puede, y esto es tan lamentable como reprehensible en un jóven de sus notables disposiciones.

J. NOMBELA.

Madrid—1857.

## EL DESCONSUELO.

De esta fuente á la márgen floreada,  
sentado bajo un sauce sólo estoy,  
doliente el pecho, el alma lastimada,  
triste muriendo poco á poco voy

Pues desde que la muerte aquel a prenda  
que tanto quise, vil me arrebató,  
solazno encuentro en nada, y suelto rienda  
al llanto, y lloro mi perdido amor.

¡Quién lo diría! tan gentil y nueva,  
dulce calandria, blanca cual jazmin,  
que tan pronto bajaras á la cueva...  
Piedad ó cielos! ay! piedad de mí!

¡Sólo quedé en el mundo, en mi despecho  
¿qué he de hacerpués? llorar y más llorar...  
y que aún te veo, aún, sobre mi pecho,  
querida Isabelita, imaginar.

Jamás iremos ya por los caminos  
á las moras negrísimas los dos,  
ni á la sombra de plácidos alisos  
las cuitas te diré del corazón.

Cuántas veces del agua de esta fuente  
por mi mano, mi vida, yo te di!  
cuántas los dos bajamos la pendiente  
por tomar en verano el fresco aquí!

Y en las tardes de otoño... ¿no te acuerdas?  
Mas ¿que digo acordar? si te perdi!!  
Pártense ¡ay! del corazón las cuerdas,  
pienso aún que aquí estás... loco de mí!

En el otoño... pues, con alegría  
nos íbamos al largo castañar,  
la fruta con el palo recogía  
mientras tú me alhababas en cantar.

Y tambien cuando... pero ¿a qué memoria  
hago del tiempo aquel? ay! callaré...  
Mirame tú, Isabel, desde la gloria:  
por ti siempre aflijido lloraré.

ALBERTO CAMINO. (1)

Santiago—1845.

## GALICIA ARQUEOLOGICA Y PINTORESCA.

### MOSAICO ROMANO DE LUGO.

La arqueología encuentra en la Peninsula diversas ciudades monumentales que perpetúan entre nosotros la civilización de sus dominadores. Los escombros de los anfiteatros y de los arcos triunfales recuerdan la omnipotencia de los Césares; las ruinas de aquellas basílicas alumbradas débilmente por la escasa luz de las ojivas, y de los desmoronados rastrillos cubiertos de vedra como la greñuda cabeza de un gigante derribado, traen a la memoria la ambigua nacionalidad española de la edad media, y los restos de las arabescas mezquitas que la religión cristiana ha bautizado con el nombre de catedrales, y de los voluptuosos baños donde la luz de los cristales abigarrados era un nuevo deleite hábilmente combinado, explican la molición oriental de un pueblo que había castigado la alevosía en las márgenes del Guadalete.

De los romanos sólo nos han quedado escombros, sobre los cuales han pasado los hordas de Alarico y las tribus del Africa: lo necesario para hacer desaparecer un pueblo. Los monumentos de los godos y de los árabes los adoptó el cristianismo porque encontraba en sus formas la analogía de las artes, pero la cosmogonía romana era severa y ardua, y mal se avenían las condiciones del politeísmo con la revelación espiritual y poética de la arquitectura que los cruzados aportaron a la Europa cristiana.

Hé aquí la razón por qué, derribados los monumentos romanos, merecen el estudio y la consideración de los arqueólogos, los pueblos que han guardado entre el polvo de sus construcciones sucesivas los restos de sus primitivos dominadores. La ciudad de Lugo, pertenece al número de las poblaciones que no han podido borrar su carácter romano, a pesar de sus numerosas reconstrucciones. Sus murallas son romanas; el magnífico puente sobre el río Miño, cortado durante la guerra de la Independencia, es romano; en las tapias de las huertas no se encuentra el nombre de una calle ó la lápida de un aniversario, sino la inscripción del sepulcro de un pretor ó las iniciales votivas a Diana ó Jove.

Entre los monumentos que revelan su antigüedad, merece particular mención, el mosaico romano descubierto en 1742 en la calle de Batitales. El fragmento principal de esta obra se compone de 67 pies y 9 pulgadas de longitud, y 5 pies de latitud, sin tener en cuenta la extensión de uno de los costados que se extiende a 11 pies y 8 pulgadas. Com-

puesto de piezas cúbicas é iguales entre sí, que sirven para la distribución gradual de los colores pardo, gris, encarnado, rosa, apizarrado y amarillo sucio, sobre un fondo de blanco amarillento que revela la condición caliza de los materiales empleados en esta fábrica, presenta la conservación venerable que las demoliciones conceden con frecuencia a los vestigios de una remota grandeza.

Para apreciar en su verdadero valor el delicado trabajo del mosaico de Lugo, se debe hacer particular mención de los detalles de que se compone (1). Aparte de un hermoso ciervo saliendo de una hoja de acanto, y un tigre saltando sobre otra hoja de igual naturaleza, destruidos por la piqueta de los albaniles al remover los escombros, se distinguen en los grandes tableros del mosaico dos orlas cortadas por diversos modillones. La graduación de los colores tiene la combinación artística de la perspectiva. La faja principal que forma un ángulo de 45 grados con el eje de la calle y en la próxima dirección de N. á S., ocupando la parte central del templo por la extensión de sus líneas y por la significación de sus atributos, es el fragmento más importante del mosaico de la calle de Batitales. En medio de sus diversos compartimientos, se reconoce una cabeza colosal de 3 pies de altura con larga y al parecer mojada cabellera, barba pródiga, la frente mitológicamente caracterizada con dos airones encarnados y dominados por dos trompas terminadas en medias lunas imperfectas que arrancan de las sienas, y cerca de cuyas trompas se reconocen dos orejas como de caballo, de un color encarnado que gana en armonía para el conjunto lo que pierde en naturalidad. Dos barbos caracterizados con la mayor exactitud salen de debajo de su barba cruzando de derecha a izquierda. En las proporciones de esta cabeza se reconoce la magestad sobrehumana, tal cual la comprendía la cosmogonía antigua. En sus líneas no se echa de ver la suavidad de las personificaciones del cristianismo: es una divinidad pagana. El desorden de algunas hileras de mosaico colocadas sin orden ni armonía cerca de los delfines que por su carácter é importancia aparecen cerca de la divinidad explican el flujo y reflujo de la mar donde se sostienen barbos, conchas y erizos marítimos. La cara colosal debe representar a una divinidad marítima. Cuando el viajero se hace romano, es decir, cuando pisa este mosaico con la respetuosa veneración que lo contemporáneo concede a lo remoto, parece esta cabeza un trabajo ingrietado y adulterado por una desigual combinación de piezas; pero al tornarse transeunte el forastero, esto es, cuando hace gravitar sus pies sobre la calle de Batitales, desaparecen las grietas, el surco de los colores sin medias tintas y la botgada combinación de las piezas: entonces parece una escogida miniatura.

Uno de los fragmentos del mosaico que merece una particular mención por la regularidad de sus filetes y modillones compartidos con simetría, es el que posee el apreciable farmacéutico Sr. Rodríguez, cuyo reconocimiento facilita el mismo a los viajeros con la más atenta y benévola condescendencia.

(1) Traducida esta poesía del gallego por nuestro amigo don José Antonio Pérez.

(1) La mayor parte de estos datos están tomados de una memoria que el autor ha escrito sobre este grandioso resto de las artes romanas.

La extension con que hemos procurado describir los detalles más importantes del mosaico, no nos permite presentar las diversas memorias arqueológicas é históricas, que algunas personas inteligentes han formado sobre la significacion de los accesorios del pavimento y la advocacion del edificio que debieron embellecer en los buenos tiempos de Augusto. El Sr. D Francisco Armesto, de la comision de la Sociedad Económica de Lugo en 1842, se inclina á creer como verosímil que debió pertenecer á un templo dedicado á Diana; pero la colosal cabeza del océano complica esta aparicion arqueológica. El Sr. Castro y Martínez, en una memoria manuscrita que hemos tenido á la vista, presenta la opinion de que a cabeza simboliza la trasformacion de Acteon ó tal vez el rio Miño, asegurando que los accesorios del mosaico como son las medias lunas y los barbos, pez dedicado á esta diosa, segun el testimonio de Ateneo y Platon, declaran por otra parte que el templo estuvo dedicado á la protectora Diana.

Nosotros creemos que la colosal cabeza representa el océano, porque si bien es cierto que muchas veces las divinidades marítimas eran representadas caminando ó sentadas sobre las aguas por los restos de la estatuaria y pintura romanas que se presentan en *L'antiquité expliquée* y en *La pitture antiche d' Ercolano*, echamos de ver muchos de los accesorios que encierra esta delicada obra de mosaico. *Lucus Augusti* era la capital de la Galicia lucense ó actual durante el imperio romano, de aquel aguerrido y rebelde territorio que hizo beber las aguas del Leteo á los soldados de Bruto, y tener abiertos por mucho tiempo á Augusto las puertas del templo de Jano. Los romanos consideraban á Galicia como una provincia favorecida por el océano, y consecuentes entre sí la religion y la política, era digno de la primera ciudad de su territorio un empleo dedicado al océano.

No terminaremos esta rápida reseña histórica y arqueológica sin consignar los diversos proyectos anunciados para la mas duradera conservacion de este mosaico. En 1842 una comision de la Sociedad Económica de Lugo intentó levantarlo para evitar que el enlosado de la calle lo destruyese; pero se desistió de este pensamiento por lo arriesgado y costoso. La comision presentó tambien un presupuesto de las obras necesarias para el facil reconocimiento del mosaico, las cuales consistian en una rotonda de 24 varas de largo, sostenidas por 20 columnas de hierro con los bastidores de vidrieras de 6 piés de alto, y sostenidas las aceras por un cornison apoyado en el fondo de la calle; pero este pensamiento, cuya realizacion costaba 13,248 rs., no se ha llevado á cabo hasta lo presente. Por el ministerio de la gobernacion se dirigió entonces una real orden al jefe político de Lugo, Sr. Gautel, en la cual se aplazaba la determinacion de adquirir los terrenos que apareciesen cubiertos de mosaicos.

Desgraciadamente este maravilloso fragmento de las artes romanas, permanece en la actualidad sujeto á las eventualidades de una escasa duracion, porque recibiendo las aguas de la calle, á la cual no se ha podido dar un desahogo regular que seria interrumpido por el mismo mosaico, sufre una frecuente infiltracion que hará degenerar sus animados colores, ó desunir sus numerosas piezas. El

transeunte se vé obligado á preguntar si la arqueta que se encuentra en uno de los extremos de la calle de Batitales sirve para la entrada de un aljibe, ó para la galeria de un mosaico romano.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Lugo, enero 3 de 1850.

### ¿QUÉ ES AMOR?

¡Preguntas qué es amor. Bien se conoce  
que nunca pudo amar tu corazón!  
La existencia de un alma en otra alma,  
eso... se llama amor!

AURELIANO J. FERREIRA.

1874.

### SEMBLANZAS GALICAS CONTEMPORÁNEAS.

D. FRUTOS SAAVEDRA MENÉSES.

(Conclusion.)

Al siguiente año de 1859 se ocupó en las observaciones angulares que debian comprobar la longitud de las diversas partes de la base medida, hasta que, declarada la guerra al imperio marroquí, pidió ser destinado al ejército expedicionario, y habiéndosele concedido, nombrándole por real orden de 31 de octubre, ayudante secretario del comandante general de artillería, salió de Madrid para Alicante y Cádiz, incorporándose en este punto al cuartel general del capitán general y en jefe don Leopoldo O'Donnell, y poniéndose á las órdenes del brigadier comandante general don José Dotz del Castellar. En 27 de noviembre obtuvo el empleo de primer comandante de infantería, como recompensa reglamentaria por haber servido cuatro años en la comision del mapa. El 29 del mismo mes pasó á Ceuta, acampando al siguiente dia en las alturas del Otero, y el 3 de diciembre se le comisionó con un oficial de ingenieros y otro de estado mayor, bajo las órdenes del general don Juan Zabala, para verificar un reconocimiento al sur del Serrallo, habiéndose adelantado y recorrido con dichos dos oficiales el valle de los Castillejos. Se halló en el combate del 9 de diciembre tomando parte en el ataque del centro, y pasando despues con dos piezas de montaña á las guerrillas de la extrema derecha. Por este hecho de armas fué agraciado con la cruz de San Fernando. Se encontró en los combates de los dias 12 y 15 de diciembre, y el 20 del mismo mes salió con el general don Luis Garcia, jefe de estado mayor general, á reconocer, por mar, la costa comprendida entre Ceuta y Cabo Negron. De regreso al campamento se halló en la accion que tuvo lugar en la tarde del mismo dia, y posteriormente en los combates del 22, 25 y 30 de diciembre. Se encontró en el de 1.º de enero de 1860 sobre el valle de los Castillejos tomando parte en el segundo ataque de las alturas y permaneciendo hasta la noche en la bateria más avanzada. En el combate del dia 4 estuvo con cuatro piezas de montaña en las guerrillas de la extrema derecha, concurriendo tambien á la accion del dia 6. El dia 7 acompañó al jefe de estado mayor general en el reconocimiento de las posiciones sobre el rio Azmir, habiéndose encontrado despues comunicando órdenes y

recorriendo las baterías en los combates de los días 8, 10, 12, 14, 16 y 23. El 29 acompañó también al general jefe de estado mayor, en el reconocimiento del llano de Tetuan, aproximándose á los atrincheramientos del campo enemigo. En el combate del 31 de enero, tomó parte en los ataques de la derecha y del centro, recibiendo en el segundo una contusion de bala en la cabeza que le obligó á retirarse de la acción. Por este hecho de armas fué agraciado con el empleo de coronel de infantería. Se encontró el 4 de febrero en la batalla de Tetuan, habiendo sido nombrado por sus servicios en ella comandante ordinario de la orden de Carlos III. Al siguiente día 5 acompañó á los comandantes generales de artillería e ingenieros al reconocimiento de la plaza y elección de las posiciones en que debían colocarse las baterías de sitio. Se halló el día 11 de marzo en la acción del Samsa, y el 23 del mismo mes en la batalla de Vad-Ras, tomando parte en los ataques del centro ántes y despues del paso de Busfeja. Firmados los preliminares de paz, se embarcó para Algeciras el 14 de abril regresando á Madrid á su destino del mapa de España, y por real decreto de 26 de junio, fué nombrado oficial del ministerio de la Guerra, expidiéndosele en 30 de julio el diploma de caballero de la orden de San Hermenegildo, con la antigüedad de 12 de diciembre de 1859 en que cumplió el tiempo de servicio señalado por reglamento.

En 20 de noviembre de 1860 fué elegido diputado á cortes por el distrito de Puente deume, jurando su cargo y tomando asiento en el congreso el 3 de diciembre inmediato. El siguiente día 4, la real academia de ciencias exactas, físicas y naturales, le eligió académico de número. Con fecha 15 de marzo de 1861 se le expidió el diploma para usar la medalla de la campaña de Africa, y en virtud de real orden de 6 de mayo pasó á Tánger, Tetuan y Ceuta con instrucciones del Gobierno, verificando la navegación en un buque de guerra comisionado al efecto, y regresando á Madrid el 18 del mismo mes. Por real decreto de 6 de noviembre se le nombró vocal de la junta encargada de preparar el envío de productos españoles á la exposición de Londres, y en 23 de febrero de 1862, tomó posesion de su plaza en la real academia de ciencias, leyendo un *Discurso sobre los progresos de la geodesia*.

Durante los primeros meses de 1861, el Sr. Saavedra Meneses, tomó parte en las discusiones de la seccion de ciencias morales y politicas del ateneo de Madrid; y en el discurso resumiendo los debates pronunciado el 13 de mayo por Emilio Castelar, y que ha visto la luz pública, se encuentran estas palabras: «El Sr. Saavedra, valiente soldado, hábil orador, profundo matemático, fiel reflejo de aquellos caballeros de los siglos décimo quinto y décimo sexto, que así manejan la puma como la espada, ha puesto con gran acierto el fin del progreso en la armónica aplicacion de todas nuestras facultades á la vida.»

Como diputado, el Sr. Saavedra Meneses ha hecho uso de la palabra en el congreso el 3 de enero de 1861, sobre el proyecto de ley hipotecaria, el 4 de febrero sobre ferro-carriles gallegos, y el 23 de abril sobre milicias de Canarias, pronunciando el 29 de enero del siguiente año de 1862, un largo discurso sobre estadística, dos en 21 de marzo y 7 de abril, contestando al Sr. Gonzalez Bravo sobre política general, y otro en 3 de junio defendiendo á la guardia civil veterana.

La disertacion que leyó al ingresar en la academia de ciencias, y en que se demuestra la parte tomada por los españoles de todos tiempos en los progresos científicos fué reproducida por diferentes diarios, y elogiada por toda la prensa. En 22 de junio publicó en la revista semanal «El Eco del País», un Juicio crítico de la Historia del Consulado y del Imperio,

por Mr. Thiers, que reprodujeron tambien varios periódicos de Madrid y de provincias.

Por real decreto de 28 de enero de 1863 y atendiendo á sus especiales conocimientos se le confirió el cargo de vocal de la Junta permanente de pesas y medidas, nombrándole por real orden de 25 de febrero individuo de la comision para el establecimiento de la guardia rural. Por real decreto de 21 de abril le fué admitida la dimision que, para el más desembarazado desempeño de las funciones de diputado á cortes, hizo del cargo de oficial de la secretaria de la Guerra, quedando en Madrid como coronel de infantería en situacion de reemplazo. Por real orden de 26 de agosto fué nombrado subdirector de la escuela militar de tiro del Pardo, y en las elecciones generales de 12 de octubre, volvió á recibir la investidura de diputado á cortes por Puente deume, jurando este cargo el 25 de noviembre.—En virtud de real decreto de 16 de marzo de 1864, se le nombró Director general de obras públicas. El 17 de marzo hizo renuncia del cargo de diputado y por real decreto de 5 de abril se le concedió la encomienda núm. 321 de la orden de Carlos III.—En 12 de abril fué reelegido por Puente deume, jurando como diputado á cortes el 19 del mismo mes. Por real decreto de 19 de setiembre se le admitió la dimision que hizo del cargo de Director general de obras públicas, expresándose quedar S. M. muy satisfecha del celo, lealtad é inteligencia con que lo habia desempeñado, y declarándole cesante con el haber que por clasificacion le correspondiese.

He ahí los apuntes que tan á la ligera y sin comentarios publicamos acerca del hombre de la ciencia, de la oratoria y de la milicia que tantos dias gloriosos pudo todavia producir á España en general, y en particular á este país de Galicia,—en que Saavedra Meneses vió la primera luz como el matemático Rodríguez, el ilustre Fontan y el gran Feijóo,—si la muerte no lo arrebatara en lo mejor de su vida,—año de 1868.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

Lugo—1864.

#### A LOS MÁRTIRES DE CABRAL.

Galicia, pobre tierra del olvido,  
aunque una nueva pena te taladre  
acércate á llorar por los que han sidot  
Son hijos que murieron por su madre.

Eran los tuyos que espirar te veian  
de inanicion caída por el fango,  
mientras tu sangre y tu sudor, servian  
para nutrir ladrones de alto rango.

Y librarte quisieron de esa España  
que desdeñando tu asqueroso roco,  
á los que nacen de tu suelo, extraña,  
diciendo que su rostro no conoce.

De esa España, que acémilas de carga  
vuelve á tus hijos: y al dejarlos ciegos,  
para hacer su miseria más amarga  
los insulta llamándoles ¡Gallegos!!

Llora, Galicia;—el llanto de tus ojos  
te hará ver sobre un caos infinito,  
en una nube de vapores rojos  
el nombre de CARRAL con sangre escrito.

Alli cayeron, con tranquila frente,  
entregando sus vidas una á una:..  
¡Los habian vendido torpemente!..  
No les faltó valor, sinó fortuna.

De la emancipacion el estandarte,  
desplegaron tirando del acero:  
la libertad, la dicha, iban á darte  
y los llevó un *traidor* al matadero.

Murieron!! hoy sus sombras un momento  
abandonan su tumba solitaria,  
y flotando en las ráfagas del viento  
nos vienen á pedir una plegaria.

Llorad, gallegos, ¡esa es vuestra suerte!  
Mas yo entretanto sin temor mezquino,  
*cobarde*, llamo al que ordenó su muerte;  
y al que vendió sus vidas, *asesinos*!

ALFREDO VICENTI.

Santiago 2 de mayo de 1870.

## RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

### La Ulla-alta y la Ulla-baja.

«Hablar de Galicia, y á quien la sublima  
allá en otras partes por burla se toma:  
no hable del papa quien nunca fué á Roma.

Molina.

#### I.

Años hacia que mi vista no contemplaba las risueñas comarcas de la Ulla, cuando mi amigo, el señor marqués de San Miguel, con la galanteria que le distingue, me invitó á pasar unos dias en su preciosa posesion de Oca. Acepté gustoso el ofrecimiento, y á las cuatro de una hermosa mañana del último agosto, partimos de los baños de Cantis, dejando sus famosas burgas y á los bañistas, aún entregados al delicioso sueño.

Tomando por la nueva carretera de Santiago nos dirigimos á la Estrada, pueblecito situado sobre una colina, cuyo elegante caserío y recientes construcciones revelan un pujante y rápido desarrollo.

Continuando nuestro camino por entre hermosos robledales y frescas vegas, posamos el puente de Riobóo, divisándose por último las elevadas murallas que circundan la soberbia posesion de Oca: poco despues entramos en una espaciosa plaza, á donde dan frente una elegante capilla de esbeltas torres y churriguerescas galerías, y el severo palacio, cuya almenada torre nos trajo á la memoria las pasadas épocas señoriales.

No se sabe que es lo que agrada más en este recinto encantador, si ese soberbio palacio, con sus magestuosa galería y elegante parterre, ó sus jardines ingleses y un estanque de figura de navio con un puente, y á guisa de nicho de papa, un *chalet* de tanta sencillez como buen gusto: rodeado el todo por macizos de boges seculares, cuyas elevadas ra-

mas caen en aparente desórden á percibir la frescura con que les brindan sus limpidas aguas.

Alli se respira un aire purísimo, embalsamado por los mil aromas de las flores; alli se siente la fresquisima brisa de las grandes praderas que incessantemente riegan abundantes aguas; alli, en fin, se descansa bajo las espaciosas bóvedas de corpulentos árboles, ó se recorren sus bosques con sus puentes rústicos, sus cañadas y riachuelos. Por todas partes resalta el delicado gusto de sus poseedores que supieron aprovechar las brillantes condiciones de tan ameno sitio, embelleciendo tanta hermosura natural con los adornos del arte.

#### II.

Aquella misma tarde hemos visitado la magnífica posesion de Santa Cruz, con su famosa fuente de *Jovellanos*, á donde dicen escribió este sábio parte de sus obras, en la misma mesa que alli existe. Recorrimos sus extensas arboledas, sus olivares, sus viñedos y sus bojés, contemplando una multitud de gigantesco alcornoques de colosales dimensiones.

Nada más sorprendente que el trayecto de Oca á Santa Cruz: elevándose la carretera serpenteando alrededor de las montañas, ofrece á cada paso un nuevo panorama, cuyos accidentes y variados paisajes nos hacian recordar las poéticas comarcas de la Suiza.

En el fondo de un valle encantador, se desliza el rio Ulla, revolviéndose caprichosamente en todas direcciones, orladas sus tranquilas riberas por esveltas filas de álisos y avedules. Grupos de casas destacándose de entre el follage, elegantes fincas, floridos campos, multitud de riachuelos, los canoros acentos de las aves; todo, en fin, ofrece al observador las perspectivas más arrobadoras.

Destácase en lontananza el famoso Pico Sagro, elevando su cónica cúspide por encima de mis convecinos; vése el singular corte de San Juan da Cova á la derecha del puente Ulla, dando paso al rio de este nombre, por entre dos extribaciones del Pico Sagro y del Meda, las cuales por uno de esos sorprendentes caprichos de la naturaleza, se elevan verticalmente á una altura de 50 metros sobre el nivel de las aguas, como si al ir á confundirse, una fuerza mágica los contuviera para dar paso al rio, que aprisionado de repente entre estos gigantes, gana en profundidad lo que pierde en latitud, en términos de llevar su cauce 20 metros de hondo por 5 de ancho.

Como se haya formado esta maravilla, como entre dos estribos de durísimo cuarzo se haya abierto paso el rio socabándolos hasta separarlos por completo en una de 70 metros, es lo que abisma y confunde: por eso nos admira que se recurra á suponer la existencia de un antiguo lago, para desecar el cual, la mano del hombre rompió el dique que lo aprisiona, ni que atribuyan otros esta hendidura á la continuada accion de la cascada que dicen allí existiera, lo que equivaldría á suponer que dada la fuerza de las aguas y la resistencia de la roca, se necesitarian miles de años para llegar al estado actual: supónese tambien que una conmocion en épocas remotas haya sido la causa de esta ruptura.

Sea de esto lo quiera, el fenómeno es sorprenden-

dente. El aspecto agreste de las vertientes, el silencio con que se deslizan las aguas, pero ántes y despues murmuradoras al chocar en rápida corriente con los cantos hacinados en el cauce, la feracidad del país que recorre á poco de abandonar su extran-gulacion, la magestuosidad del puente, las blancas casitas que se divisan á corta distancia, son otros tantos contrastes que hacen resaltar la sublimidad de este cuadro.

(Se continuará).

VICTOR LOPEZ SEOANE.

### LA PEÑA DE LA MAROLA.

Negro peñasco que elevas  
tu frente sobre las ondas,  
sin que ni un día la escondas  
en los abismos del mar;  
solitario de granito  
vestido de blanca espuma,  
destacado entre la bruma  
que te envuelve sin cesar;

Fragmento de la osamenta  
de esta tierra en que nacimos,  
inmóvil peñon que vimos  
siempre activo, siempre igual;  
fatidico centinela  
de la costa brigantina;  
estrella de su marina  
y negra estrella del mal;

Gigante de dura roca  
que el vendabal rebramante  
por más que agite anhelante  
la inmensidad sobre tí,  
tú respondes al combate  
con tu imponente fijeza,  
elevando tu cabeza  
como buscando el cénit.

Tú, que tienes por alfombra  
un océano rugiente,  
y por corona en tu frente  
la pompa del huracan;  
tú, que aislado entre las olas  
soberano te pre-entas,  
¿del Génió de las tormentas  
eres acaso el diván?

¿Cuántas veces día y noche  
el temporal que bramaba  
en tus lomas azotaba  
un naufrago, dos y mill!  
y ¿cuántas veces no fueron  
sus clamores de agonía  
notas para la armonía  
en que te gozabas vill

Tu atraccion es prodigiosa  
para el triste marinero;  
cual vórtice ronco y fiero  
tu lo atraes siempre á tí:  
ay! yo tambien al mirarte  
siento ahora tu influencia,  
pues tu terrible presencia  
parece llamarme á sí.

Yo iré... ¡yo quiero arrogante  
desafiar tu corage,  
no me importa el oleage  
que te bate con afán:  
yo iré...! y en mi loco empeño  
elevándome á tu altura,

será mía tu ventura,  
¡rey seré del huracan!

¡Yo iré...! yo quiero altanero  
pisar gigante tu frente,  
dominar el mar batiente  
desde ese trono de horror:  
yo quiero ahogar mis pesares  
al compás de las tormentas,  
y duro, cual tu te ostentas,  
vivir sin pena ni amor!

Que en este mundo engañoso  
todo es doblez y falacia;  
la amistad, una desgracia,  
el amor, una ilusion:  
todo es falsedad, quimera;  
todo, en fin, una mentira...  
por eso rompo mi lira  
sobre tus lomas, peñon!

Pobre lira! entre dos peñas  
nació y murió quejumbrosa:  
la otra peña es una hermosa  
que idolatré con ardor:  
y su dureza y la tuya  
casi forman una sola;  
tú... peña de la Marola;  
ella... peña de mi amor!

1855

BENITO VICETTO.

### GALICIA HISTORICA.

ERIZANA, HOY BAYONA.

Poseía César un talento especial para hacer que le aplaudiesen aún sus mismos errores y maldades; y así es que en Roma, en vez de acusaciones por sus robos, recibia parabienes, y en España supo grangearse el aprecio de muchos pueblos, á los que sacrificaba con su tiranía y de donde sacaba contribuciones exorbitantes.

En su primera venida á la Península se habia informado de las costumbres de muchos pueblos, y ahora que se hallaba de pretor, recurrió á este conocimiento para comenzar á poner en ejecucion sus vastos y ambiciosos planes: habia reconocido que entre todos los españoles, los más orgullosos y más pronto á sublevarse eran los habitantes de Portugal y Galicia actuales, y aunque en otros puntos estaban los naturales con las armas en la mano, creyó por más conveniente hostilizar á estos y obligarlos á alzarse para dar un paseo militar que resonase con estrépido en la capital. Aumentó su ejército con diez cohortes más de las que habia traído de Roma, y se entró con altivez por la Lusitania; algunos de los habitantes se retiraron á los montes y allí permanecian sin hacer armas, pero sin querer tampoco ponerse á disposicion de los romanos. Dirigióse á los montes Herminios so protesto de que sus moradores querian mantener en pié la discordia y talar al país con salteamientos y robos. Invitó á los que allí estaban refugiados para que bajasen á las llanuras, á lo que ellos le contestaron que no querian vender á tan poco precio su libertad. Esta respuesta fué la señal de acometerlos encarnizadamente, y cercando con quince mil hombres uno de los montes de esta sierra, pasó á cuchillo á cuantos en ella se hallaban, sin dejar uno solo vivo. Los de las

otras montañas contiguas que llevaban el mismo nombre, abandonaron sus moradas y se dirigieron hacia el Miño, con objeto de refugiarse en algun punto seguro. César los persiguió, y como caminasen con sus mujeres, hijos, rebaños y todo el menaje de sus casas, los alcanzó, haciendo una nueva y más horrorosa matanza. Sólo los jóvenes se salvaron huyendo y siguieron el rumbo que ántes llevaban.

Pasaron el Miño por el país de los *graviós*, y protegidos por los naturales llegaron hasta las orillas del mar, no lejos de la villa Erizana (Bayona), célebre ya por la retirada de Serviliano; dispusieron almadías y barcos de los pescadores, que los usaban de bergas cubiertas con zaleas, y pudieron pasar á las islas que se hallan frente de la población. Vino César tras ellos, atravesó también el Miño sin que los *graviós* pudiesen impedirselo, pues siendo su ejército tan numeroso, y hallándose ellos sin organizar, ni teniendo medios de hacerlo con la rapidéz que se necesitaba, tomaron el partido de retirarse á las montañas más elevadas, á escepcion de algunos que acompañaron á los *herminios*. Al llegar las tropas romanas á la orilla del mar frente las islas Cicás ó de Bayona, no teniendo naves con que arrojarse á pasar el estrecho que los separaba, pues los enemigos las habian inutilizado, mandó formar almadías en número suficiente para contener las tropas destinadas á tomar las islas; mas apenas desembarcaron en ellas los refugiados les acometieron con tal furor, que ni tiempo les dieron para reembarcarse, quedando todos muertos, en desagravio de las sangrientas ejecuciones de sus hermanos. Sólo uno de estos soldados, nos dice la historia, que se salvó atravesando á nado el estrecho de mar que separa á las islas de la tierra firme.

Mandó César venir precipitadamente una escuadra de Cádiz para embarcar en ella toda su gente y rendir á los enemigos. En tanto ya el hambre los acosaba, y empezaron á debilitarse sus fuerzas y decaer sus ánimos. Llegaron las naves de César, y pasando este á las islas, poco tuvo que pelear para vencer á una gente rendida ya por más poderosos enemigos.

Otro historiador notable por el atractivo de su poético estilo, el Sr. D. Benito Vicetto, despues de comprobar que eran hijos de Galicia aquellos famosos *Galos*, terror de los romanos y pobladores de Irlanda, presenta á *Erizana*, hoy Bayona, como uno de los puertos principales, donde los romanos hacian sus cargamentos de metales, ganados y linos.

Pero aun hay más: el eminente Milton, el génio más brillante de la Inglaterra, el autor del *Paraiso perdido*, a egoria sublime de la revolucion inglesa, se acuerda también de Bayona en un poema titulado *Lúcidas*; en el que, lamentando la muerte de su amigo Eduardo Kuing, acaecida en un naufragio en el año de 1637, prorrumpe con la más patética ternura en estos lastimosos versos:

Ay me! Whiltet thee shores and sounding seas  
Wash far away, where'er thy bones are hurl'd,  
Whether beyond the stormy Hébrides,  
Where thou perhaps under the whelming tide  
Visist the bottom of the monstrous world;  
Or whether thou to our moist rows denied  
Sleepest by the fable of Bellerus old  
Where the great vision of the guarded mount  
Looks toward Namancos and Bayona's hold,

Looks homeward Angel now, and melt with ruth:  
And O ye Dolphins waft the hapless youth.

«Ay de mí! Mientras las impetuosas olas te empujen lejos de aquí; á donde quiera vayan á parar tus huesos, sea más allá de las tormentosas Hébridas, donde quizá bajo las ondas encubridoras visitas el fondo del mundo de los monstruos, ó negada esta gracia á nuestros lagrimosos votos, duermas, segun la fábula del anciano Bellerus, allí, donde la gigantesca vision de la montaña mira hacia *Namancos* y al fuerte de Bayona; repara, Angel compasivo, en sus queridos lares; y vosotros, Delfines, conducid á ellos al desgraciado joven.»

La antigua *Namancos* ó *Nemancos*, es la moderna *Vimianzo* cerca de la costa cantábrica, ántes arciprestazgo de Iria Flavia; y aunque distante del fuerte de Bayona, no es inverosímil que una *vision gigantesca*, segun el vuelo poético de Milton, se pueda considerar como el génio protector de los destinos de España, que dirige su adusta mirada á los mares de *Namancos* por si asoma alguna flota enemiga, y al fuerte de Bayona, capaz de ahuyentarla con el poderio de sus cañones.

España entonces estaba en guerra con Holanda.

JOSÉ MARIA POSADA.

Un paseo de Vigo á Bayona.—1868.

#### LA VELADA DE SAN JUAN.

Las lilas lloran su duelo  
marchitas y deshojadas,  
como el alma sin consuelo  
que encuentra en la muerte el cielo  
de sus venturas soñadas.

Ya el ruiseñor con la aurora  
deja su canto sentido,  
y mientras Febo colora  
el verde que se evapora,  
fabrica su oculto nido.

Ya pasó la primavera;  
ya pasó con el rocío  
que esmaltaba la pradera:  
ya abrió la puerta al estío  
de su abrasada carrera.

Adios, con mayo, querida  
generacion de las flores;  
¡dorosa despedida  
como la ilusion perdida  
de venturosos amores!

En el valle sosegado,  
con la tarde que declina,  
se ve brillar el dorado  
rayo de sol, olvidado  
en la más alta colina.

¿Pero qué dulces sonidos  
el aire de la arboleda  
lleva en ecos repetidos,  
que el alma suspensa queda  
de sus acentos perdidos?

Son niñas de quince abriles  
como su inocencia hermosas,  
que con cantos infantiles,  
al son de los tamboriles  
vienen recogiendo rosas.

Pues al rayar la alborada  
la tradicion asegura  
que el agua fresca y rosada

tiene virtud señalada  
para aumentar la hermosura.

La luna pálida y triste  
dando vida á sus reflejos,  
de plata los lagos viste,  
y á cuanto en el cielo existe  
sirven las fuentes de espejos.

Al resplandor de esa luna  
del misterio encubridora,  
salen á probar fortuna  
los corazones sin una  
reina, vasalla y señora.

Que la noche de San Juan  
es el plazo encantador  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

Allí encienden una hoguera  
entre ruido y algazara,  
cuando nin-uno lo espera,  
y corren á la pradera  
coloradita la cara.

Allá en lazos inocentes,  
según exige la danza,  
los amantes, indulgentes,  
escuchan de sus parientes  
la aguda y picante chanza.

Mas allá tiernos pastores  
alegres giran en torno  
de lortas de mil primores,  
que aunque rústicas mejores  
no salen de ningún horno.

Y entre el bullicio del valle  
los ancianos del concejo  
recorren juntos la calle,  
irguiendo el doblado talle,  
que nadie en tal noche es viejo.

Pues vuelve la juventud  
á renacer fácilmente  
si en el pasado hay virtud,  
joya de tal magnitud  
que siempre es joven y ardiente.

Y hay un mundo de memorias,  
salpicado de venturas,  
en sus ocultas historias,  
lleno de hazañas y glorias  
alegres, candidas, puras.

Aquel bullicio y placer  
por sus nietos repartido  
lo vienen á recoger,  
diciendo: son nuestro sér,  
que dichosos hemos sido!

¡Ah! la noche de San Juan  
es un plazo encantador,  
en que las doncellas dan  
su corazón á un galán  
por un pedazo de amor.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1853.

## LA BARONESA DE FRIGE.

XIV,

En las Furnas.

El mismo terral, ó más bien nordeste que nos ha-

bia servido de motriz ó fuerza impulsiva para hacernos á la vela á un largo, nos servía igualmente ahora para arribar á la playa sudoeste del Seno, entre cuyas rocas se hallaban las furnas.

Atracamos, pues, sin contratiempo alguno, y Piedad saltó ligeramente en tierra dirigiéndose á las grutas.

Yo me quedé en el bote, bajo el pretexto de amarrarlo, — lo que efectué colocando el rizon entre los peñascos.

— ¡Que! no me acompaña V., señor Germanj — exclamó la baronesa parándose en el camino como para oír mi respuesta.

Entonces salté á mi vez en tierra, y me acerqué obediente hácia el parage en que me esperaba.

Dirigiéndonos ámbos hácia las furnas, cuanto más nos aproximábamos á ellas, más se determinaban sus aberturas, como si á medida que nos aproximáramos abrieran y ensancharan el diámetro irregular de sus negras, horribles bocas.

El espectáculo era aterrador.

Ver allí, en el silencio y soledad de aquella playa denominada el Mellon de Liris; ver allí como aquellas insondables grutas abrian sus enormes fauces como si nos esperaran para devorarnos, — cosa era en verdad más bien para retroceder que para avanzar.

La baronesa, por el contrario, parecia sentirse más animada en proporcion que crecía el pánico que inspiraban. Alma templada para el peligro y para lo desconocido, avanzaba re-ueltamete en dirección á aquellas cavernas espantosas, donde el océano se sepultaba en las mareas llenas, escondiendo en ellas las pardas y blanquecinas crines de sus enrespadas olas, á la manera de manadas de búfalos que se precipitaran en tropel en la oscuridad de sus albergues subterráneos.

Por uno de esos accidentes ó contrastes inexplícables de la naturaleza, el coronamiento ó acantilado de aquellas enormes masas de granito que simulaban aquí y allá torreones, almenas y ruinas solariegas, no presentaba verdor alguno, — brillando su negra tinta con la humedad salitrosa de la mar, como la costra escamosa de los *golfsnes*, é inspirando la misma repugnancia y terror; — y por el contrario, á sus piés y de trecho en trecho, *verdeaba* la yedra, la clematida silvestre, el musgo y toda esa malla de plantas parásitas que, con el alga marina de anchas cintas de esmeralda, se aferra y abriga en las hendiduras de los peñascos, formando mil dibujos caprichosos como si esto suavizara en algunos sitios la aridez de las rocas, animando el color sombrío del cuarzo ó del granito.

Nada más imponente y feroz que el aspecto de aquellas grutas del Mellon de Lires, que en el país llaman *furnas*, y en donde la naturaleza parece desplegar toda su horrorosa cuanto montaraz magestad. Para dar un paso entre aquel terreno erizado de rozas á pocos metros de la orilla, es preciso trepar por muchos sitios peligrosos, hendiduras abiertas por el descanso de las aguas, y atravesar verdaderos laberintos de malezas en los que es temible afirmar el pié. Aún hoy los *marineros* del Seno de Nemiña al hablar de las furnas las llaman obras del infierno, y aguardan ver salir de ellas á los antiguos *hérulos* ó normandos que infestaban la costa, ó algunos fantasmas medio hombres medio peces, — no pasando por sus cercanías sin santiguarse.

Pero la baronesa, espíritu superior á estas impresiones vulgares, seguía con firme planta un *reguero* practicable hácia las grutas, — y yo en pós de ella, como la sombra que proyectara. Ah! con Piedad hubiera ido derecho á los profundos infiernos del idealismo católico: tal era la magia, la imantacion que tenia para mí.

De repente se paró, y me dijo:

—Sr. German... la senda es impracticable: yendo los dos de la mano, iremos ménos expuestos á derribarnos.

Y me tendió la mano infantilmente.

Ah! yo me estremecí con una contractilidad nerviosa singular al contacto de aquella mano de jazmin y rosa, cuya calor se comunicaba eléctricamente á todo mi sér. A aquel contacto yo volvía á ser hombre al agua otra vez, pues sentía renacer mis deseos sensuales con más fuerza que nunca, —y creía firmísimamente en la trasfusión de la sangre por el tacto; —y hubiera dado lecciones de esto en la mejor universidad de Alemania, inspirado como nadie.

¡Desdichado de mí! —Y para que mi sobrescitación fuera más acéntuada, para que me abrasara con todo el fuego de la lujuria en las entrañas sin poder quejarme siquiera al morir, alguna que otra vez su pecho se apoyaba en mi pecho por la angostura peligrosa de la senda, y su aliento casi se confundía con mi aliento, su boca casi con mi boca como si la baronesa aspirase ó me bebiera el alma, pronta á exhalar en un suspiro de amor.

Cerca de una de las furnas, casi á pocos pasos de la entrada, yo caí sentado sobre una roca porque ya no podía resistir más, y ella cayó también sobre mi pecho...

—Oh! perdóneme V., señora, — la dije, — resbalé y caí.

Ella miró sonriente, sin darse prisa á levantarse, sentada casi en mis rodillas.

—Esperemos un poco, — balbuceó, — esperemos un poco ántes de entrar.

En efecto, la entrada de aquella furna ó gruta era aterradora; y parecía indispensable tomar aliento ántes de penetrar siquiera en su dintel, y aspirar su atmósfera de horror. Cada cráter, cada boca oscura de aquellas cavernas, subterráneas ó más bien submarinas por su aproximación al océano, parecía devorar á uno ya desde lejos para cuanto más al acercarse á pocos pasos. Perteneciendo á la materia inerte y careciendo por consiguiente de animación alguna, había algo de anímico en el aspecto de aquellos cráteres oscuros y gigantescos del Mellon de Lires, que al quererle apreciar el pensamiento lo conturbaba, deslumbrándolo a uno.

Yo participaba á la vez de dos grandes sensaciones opuestas: la que me inspiraban las furnas y la que me inspiraba Piedad: —díríase que me hallaba á las puertas del infierno con un ángel en los brazos.

—Esto es verdaderamente pavoroso ¿no es verdad, Sr. German? — dijo la baronesa señalándome las furnas.

Y sus palabras casi se recogían en mis cabellos; y el aroma embriagador de su boca, me abrasaba de deseos.

Quise contestarle algo afirmativo, y no pude.

—Lo que es ahora — prosiguió la baronesa — no temo mucho; pero si fuera, no digo ya de noche, sino al oscurecer, creo que temblaría al pasar por aquí, aún á más distancia de la que estamos.

Y proseguía sentada en mis rodillas al decir esto, —y proseguía su seno palpitando cerca del mío, —y proseguía el ámbur de su boca inundándome de esas deliciosas voluptuosísimas á que hombre alguno puede resistir.

—Avancemos, — dijo en seguida, — no seámos cobardes.

Y se levantó asiéndome nuevamente de la mano. Yo la seguí fascinado, inmantado.

De pronto, cerquísima ya de una furna, casi en el dintel, Piedad resbaló ó fingió resbalar en una roca, y volvió á caer sobre mí, cayendo yo á la vez sentado sosteniéndola en mis brazos.

—Volvamos á esperar otra vez, — murmuró.

Pero, ni trató de levantarse ni de desenlazarse de mis brazos. Por el contrario, acercó más á la mía su adorable cabeza, tocándose ámbas como las de dos enamorados. Ah! todas las melodías del *Amoreteen-Walzer* de Gung'l vibraban en mis oídos, onda tras onda de armonía.

Yo ya no podía más... El horror sombrío de la furna que empezaba á envolverme entre su funeral crepito, no era nada comparado á la sobrescitación amorosa que me abrasaba las entrañas, como si todo el fuego del infierno se reuniera dentro de mi sér para aniquillarme de deseos. La estrechaba, la estrechaba contra mí de una manera suavísima para que no se alarmara, y cuanto más la estrechaba de este modo prometiéndome no volverlo á hacer más, era irre istible el encanto de repetir aquellos abrazos tiernísimos: — yo no podía dominar la situación, la situación me dominaba á mí.

Y tanto era así, cuanto que la baronesa, como si ella ó el mismo Lucifer pretendieran poner á prueba mi delicadeza y caballerosidad, se dejó caer del todo en mis brazos, víctima al parecer de una impresión de terror vencida de pasión en realidad.

—Oh, señor German, — balbuceó casi en mi misma boca — no me abandone V. en estos momentos; el pánico me abate del todo.

Ah! yo, á estas palabras, prometí en mi interior respetarla entónces más que nunca; pero como el hombre pone y Dios dispone, como la lava que circula por mis venas no dependía de la reflexión, sino de las sensaciones voluptuosas que me producía el contacto celestial de aquella muger, — yo no pude contenerme, y la besé en las mejillas con todo el ardor de mi alma.

A aquel beso de fuego — en que volvía á jugar otra vez el todo por el todo, — creí que Piedad contestaría con un grito de espanto; pero, por el contrario, sus ojos me miraron enagenados como si el más dulce de los sueños la embriagara hasta aquel extremo, y sus labios se entreabrieron para exhalar un suspiro dulcísimo de deleite. Ah! yo entonces — frenético y arrebatado — en alas del vértigo que me empujaba al abismo, la besé en la boca con delirio... —y mis labios parecieron clavarse en los de ella para siempre como si su alma correspondiera á mi alma, y yo anhelase bérsele en un beso inmortal.

—*Io borrei bevère l'ánima tua!* (1) — balbuceé en italiano, recordando las mismas palabras que una vez me dirijiera, en situación análoga, una *prima donna* de la *Scala* de Milan.

No habría fuerzas bastantes en el mundo para separar mi boca ardiente de su boca húmeda, —y ántes de soltar mi presa, hubiera desafiado á la muerte misma. Es indecible la embriaguez que me poseía, interrumpida por ráfagas de locura. El mundo, la sociedad, todo, todo había desaparecido de mi vista calenturienta; tanto, que en mi ceguedad febril casi no veía á la baronesa, deslumbrado por la voracidad de los deseos no satisfechos.

En aquel momento decisivo, si bien Piedad jugaba su hora, según se dice vulgarmente, yo jugaba más, jugaba mi vida; porque sentía redoblarse en mis sienas la pulsación de las arterias como si fuera á estallar el cráneo.

B. VICETTO.

(Se continuará).

(1) Yo quiero beber tu alma.